



David Solar

UN MUNDO EN RUINAS

1945-1946: de la caída de Alemania
y la bomba de Hiroshima,
a los juicios de Nuremberg y Tokio



Mundo en ruinas, un - 1945-1946: de la caída de Alemania y la bomba de (Historia Del Siglo Xx) (Spanish Edition) Solar

UN MUNDO EN RUINAS

U N M U N D O E N R U I N A S
1945-1946: de la caída de Alemania
y la bomba de Hiroshima, a los juicios
de Nuremberg y Tokio

David Solar

la esfera  de los libros

Primera edición: abril de 2007

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© David Solar Cubillas, 2007

© La Esfera de los Libros, S. L., 2007

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 - Fax: 91 296 02 06

Pág. web: www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: Compañía

Fotos de cubierta: Getty Images y Corbis

ISBN: 978-84-9734-631-3

Depósito legal: M-11.268-2007

Fotocomposición: IRC, S.L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Impresión: Cofás

Encuadernación: Méndez

Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

[Introducción](#) 15

Primera parte

EL DERRUMBAMIENTO

[Capítulo I. Mussolini, el final del camino](#) 29

[Una tarde con el cardenal](#) 30

[Derrota inminente](#) 36

[Sólo cabe rendirse](#) 39

[Sigo mi destino](#) 42

[Nadie quería morir](#) 46

[La hora del verdugo](#) 48

[Él casi sigue vivo](#) 51

[Capítulo II. Entre el Elba y el Oder](#) 55

[El amor de Eva Braun](#) 59

[La ciudad asediada](#) 64

[Los habitantes del búnker](#) 67

[¡Vienen los rusos!](#) 74

[El último cumpleaños](#) 80

<u>Capítulo III. Berlín, la última batalla</u>	91
<u>Agonía en el búnker</u>	103
<u>Esperanzas y traiciones</u>	112
<u>Batalla de ratas</u>	114
<u>Capítulo IV. El colapso</u>	125
<u>La hora del cianuro</u>	135
<u>Capítulo V. Rendición incondicional</u>	151
<u>Un objetivo claro</u>	153
<u>¡Atrapados!</u>	156
<u>«Yo no soy un monstruo»</u>	160
<u>Disimulada transigencia</u>	164
<u>«El Gobierno de opereta»</u>	168
<u>Capítulo VI. Un continente en ruinas</u>	173
<u>Alemania, año cero</u>	180

Segunda parte

SU MAJESTAD, LA BOMBA

<u>Capítulo VII. El festín de los vencedores</u>	191
<u>Un as en la manga</u>	192
<u>Diálogo de sordos</u>	199

En manos de Stalin	206
Capítulo VIII. Al final del gran sueño	211
Resistencia a ultranza	212
Japón, bajo las bombas	217
Capítulo IX. Soy la muerte	225
Dos físicos alarmados	228
El juicio final	234
La visita del ángel exterminador	239
Capítulo X. El final de un mundo	247
Por encima de toda razón	249
Un poco más de hiel	251
Aceptar lo insoportable	253
Japón llora	256
Difícil capitulación	258
Un mundo mejor	262
Vencedores y vencidos	264

Tercera parte

VAEVICTIS

Capítulo XI. El escarmiento	271
---	-----

<u>¿Juicio o ejecución sumaria?</u>	<u>273</u>
<u>El padre del proceso de Nuremberg</u>	<u>279</u>
<u>Vida de preso</u>	<u>285</u>
<u>Ante el espejo</u>	<u>292</u>
<u>Alcanzados por la justicia</u>	<u>297</u>
<u>Capítulo XII. Tokio: ¡por el honor!</u>	<u>313</u>
<u>Un país en el banquillo</u>	<u>314</u>
<u>Los motivos de Japón</u>	<u>319</u>
<u>¡Venganza! ¡Venganza!</u>	<u>322</u>
<u>Capítulo XIII. Bajo dos derrotas</u>	<u>327</u>
<u>Hundidos por el descalabro</u>	<u>330</u>
<u>Entre Hitler y Churchill</u>	<u>339</u>
<u>¡Hay que vivir!</u>	<u>342</u>
<u>Pintan bastos</u>	<u>344</u>
<u>Un tribunal enemigo</u>	<u>353</u>
<u>«Igual que defendí Verdún»</u>	<u>357</u>
<u>Hasta la muerte y más allá</u>	<u>359</u>
<u>Entre el pacifismo y el oportunismo</u>	<u>362</u>
<u>La dura senda hacia el paredón</u>	<u>365</u>

<u>Capítulo XIV. El favorito</u>	373
<u>Escalada hacia el poder</u>	374
<u>El favorito de Hitler</u>	378
<u>Antisemitismo feroz</u>	381
<u>El Führer se olvidó de los cañones</u>	383
<u>Doble negociación</u>	386
<u>Capítulo XV. El incombustible regente</u>	389
<u>De la tibieza al compromiso</u>	390
<u>Frente a Hitler</u>	393
<u>El secuestro</u>	396
<u>El poder del coronel Andrus</u>	401
<u>Capítulo XVI. Satélites menores</u>	405
<u>Vidkung Quisling</u>	405
<u>Andrei Andreievich Vlassov</u>	416
<u>Józef Tiso</u>	423
<u>Anexo. Con la muerte en los talones</u>	429
<u>Klaus Barbie, el Carnicero de Lyon</u>	432
<u>Gerhard Bohne</u>	434
<u>Léon Degrelle</u>	435

<u>Iván Demjanjuk. El fascinante caso de los dos Ivanes de las SS</u>	<u>441</u>
<u>Adolf Eichmann. Un burócrata inhumano</u>	<u>447</u>
<u>Friedrich Engel, el Verdugo de Génova</u>	<u>451</u>
<u>Josef Mengele, el Ángel de la Muerte o un sádico con pretensiones científicas</u>	<u>452</u>
<u>Maurice Papon. Un funcionario ejemplar</u>	<u>455</u>
<u>Ante Pavelic</u>	<u>459</u>
<u>Erich Priebke. El celoso verdugo de Roma</u>	<u>461</u>
<u>Paul Touvier. El asesino del mal menor</u>	<u>463</u>
<u>Bibliografía</u>	<u>469</u>
<u>Índice onomástico</u>	<u>475</u>

Veinticinco años no son nada, Soha, pero a ti te han cundido.

El camino que eligió Hitler fue mucho más conveniente para nosotros que el que yo temía. En cualquier momento, durante los últimos meses de la guerra, podría haber volado a Inglaterra y haberse rendido, diciendo: «Hagan conmigo lo que quieran, pero perdonen a mi pobre pueblo que no sabía lo que hacía». No tengo ninguna duda de que habría compartido el destino de los criminales de Nuremberg. Parecería que, según los principios morales de la civilización moderna, los líderes de una nación derrotada en una guerra deben ser condenados a muerte por los vencedores. Sin duda, esto les estimula a luchar hasta el final sin tener en cuenta el número de vidas que se sacrificuen porque a ellos les da igual. Son las masas de personas cuya opinión no se tiene en cuenta al comenzar ni al acabar una guerra las que pagan el coste adicional. Los romanos seguían el principio contrario y sus conquistas se deben casi tanto a su clemencia como a sus proezas.

WINSTON CHURCHILL, La Segunda Guerra
Mundial.

Introducción

¿P

or qué Mussolini se decidió a abandonar Milán y lanzarse hacia los valles alpinos, dominados por los partisanos, sin ningún tipo de preparativos ni precauciones? Podía haber optado por la capitulación, que hubiera culminado, probablemente, en un proceso de Estado, quizá, en una ejecución judicial, pero, todo ello dentro de los usos de los países occidentales... Y, sin embargo, se arrojó al camino en el que tuvo un final propio de un forajido.

Hitler, cuando fracasó su última carta militar en Las Ardenas, pudo elegir entre un juicio internacional y el suicidio en su grandioso despacho de la Cancillería. ¿Por qué optó por combatir hasta el último hombre y la última bala, ordenó destruir su propio país y fue a morir en el cuartucho de un lóbrego sótano?

¿Por qué los militares alemanes, en gran parte competentes y ajenos al nazismo, decidieron luchar hasta el final, con un inmenso coste de vidas y destrucciones materiales en los cuatro últimos meses de la guerra?

Éstas son las cuestiones a las que trata de responder la primera parte del presente libro. El Eje tenía perdida la guerra desde diciembre de 1941, cuando la *Werhmacht* fracasó ante Moscú, cuando Japón hizo su trabajo a medias en Pearl Harbor y cuando Hitler se proclamó beligerante contra Estados Unidos. Una situación que, sin embargo, tardó todavía algún tiempo en verse claramente, a causa del extraordinario vigor combativo mostrado por Alemania

y Japón durante la primera mitad de 1942. Pero, a partir del fracaso alemán en Stalingrado, del desembarco aliado en el Norte de África, de la victoria norteamericana en Midway y del desembarco de los marines en Guadalcanal, el fiel de la balanza de la marcha de la guerra se inclinó ya sin titubeos y, definitivamente, a favor de los Aliados.

Con todo, podría comprenderse que, hasta el verano de 1943, Hitler y Mussolini abrigaran aún ciertas esperanzas de darle la vuelta a la situación. Fue entonces cuando se produjeron reveses determinantes que debieran de haberles conducido directamente a la mesa de negociaciones: la mala situación en el frente ruso se hizo catastrófica tras la batalla del Kursk; a partir de aquel momento, la Wehrmacht retrocedería sin cesar dejando en su retirada miles de muertos, que ya no podrían sustituir, y un reguero de chatarra bélica, que cada vez repondría con mayor dificultad. El Eje perdió las batallas del Atlántico y de África y Mussolini, el poder; la guerra llegó a Italia, que se dividió - una mitad con los Aliados, la otra con los alemanes- y la ordenada fisonomía de las ciudades del Reich fue evolucionando hacia el caos de las pirámides de escombros. En el Pacífico, si es que Hitler tenía alguna esperanza de que aquel frente influyera en «su guerra», desangrando a los norteamericanos, los japoneses se batían a la defensiva, con enorme decisión y coraje, pero en retirada, siempre en retirada, contando los choques por derrotas: Aleutianas, Salomón, Nueva Guinea, Bougainville, Tarawa, Gilbert...

Churchill reflejó en sus Memorias que había advertido claramente el cambio de tendencia en la guerra cuando los Aliados expulsaron al Eje de África, en mayo de 1943:

En Londres, esto levantó mucho la moral por vez primera en toda la guerra. El Parlamento recibió a los

ministros con respeto y entusiasmo y dejó constancia de su agradecimiento a los comandantes en los términos más cordiales. Pedí que se echaran al vuelo las campanas de todas las iglesias...

Aunque, un poco más adelante, se muestra cauteloso con respecto al final de la guerra: «Pero entre la supervivencia y la victoria hay muchas etapas. Teníamos por delante más de dos años de luchas intensas y sangrientas. A partir de entonces, sin embargo, el peligro no era la destrucción, sino la paralización».

En el otoño de ese mismo año, la sensación en Alemania consistía en lo contrario. Se sobrevivía en medio de la destrucción y a lo único que ya podía aspirarse era a detener el avance enemigo en Italia y en el frente del Este, a la espera de un milagro, que para unos se llamaba «armas prodigiosas» y, para otros, la llegada de la inevitable ruptura entre los aliados occidentales y la Unión Soviética. Se continuaba luchando con enorme energía por la supervivencia, pero la mayoría de los responsables del Reich comenzaba a percibir la inminencia del desastre. En la biografía de Speer, de Guitta Sereny, se lee:

La asamblea de los Reichleiter y de los Gauleiter en Posen, el 6 de octubre de 1943, formaba parte de la decisión de Hitler que trataba de garantizar que sus partidarios estuviesen todos complicados en la catástrofe que él estaba provocando en Alemania. Hitler había dicho a sus consejeros militares más cercanos, varios meses antes, que «los puentes que hemos dejado atrás están destruidos», pero ahora encargó a Himmler que lograra que los miembros más fieles del partido compartiesen ese conocimiento culpable. Los Aliados ya habían anunciado en octubre de 1942 su intención de proceder contra los sospechosos de crímenes de guerra y, en di-

ciembre, vincularon esta cuestión a la «bestial política de exterminio de los judíos europeos» practicada por el Gobierno alemán. Las órdenes que Hitler impartió a Himmler habrían sido meter en el mismo saco a todos los miembros de los niveles superiores del nazismo, de modo que nadie pudiese atreverse después a quebrar la disciplina, afirmando inocencia e ignorancia.

Es decir, los cuadros dirigentes del nazismo eran tan conscientes del riesgo de derrota como de las responsabilidades que de ella se derivarían, de modo que cerraron filas para extraer todos los recursos al país y ponerlos al servicio de la «Guerra Total».

Un general tan riguroso como Guderian, el gran teórico de la guerra blindada y, quizá, el mejor jefe de carros que tuvo la Wehrmacht, comprendió durante el invierno de 1942 a 1943 que la situación resultaba gravísima: «El peligro que nos amenazaba era tan gigantesco, que tanto las tropas acorazadas como algunos pocos hombres inteligentes del séquito militar de Hitler buscaban al hombre capaz de evitar el caos». Él mismo, como Speer, Dúnitz, Kesselring, Model, como los generales más competentes y todavía con tropas bajo su mando, serían los encargados de «evitar el caos» y proseguir la guerra hasta el último atisbo de energía.

Visto a distancia, resulta brutal el empeñamiento de Hitler que, ante la derrota, decidió llevarse todo por delante, de destruir Alemania hasta las raíces porque «no es digna de mí»; pero no fue él sólo, sino, que estuvo secundado hasta casi el final por la mayoría de los alemanes. Speer tomó conciencia de lo inevitable de la derrota cuando observó los efectos de los bombardeos masivos sobre su sistema industrial y cuando contempló las luchas en